

## Mosquera en Rionegro

El señor Juan Manuel Arrubla, nos dirige con fecha 19 de agosto del corriente año, una carta-crítica acerca de nuestro artículo publicado en el número 304-5 de esta Revista, en el cual estampamos sobre los convencionales de Rionegro algunas apreciaciones que a nuestro distinguido corresponsal no parecieron enteramente ortodoxas. Lamentamos profundamente el desacuerdo, pero después de las objeciones que el señor Arrubla con su característico "esprit" bogotano nos formula, lo más prudente a nuestro juicio es ratificarnos —como lo hacemos—, de manera plena en nuestros anteriores conceptos.

El señor Arrubla para juzgar al general Tomás Cipriano de Mosquera adopta una actitud verdaderamente extraña en quien, como él asegura, ha dedicado diez años —los mejores de su vida—, al estudio de la historia de Colombia. Entra negando al gran general la paternidad del más vasto de sus proyectos: la reconstrucción de Colombia, y nos pide documentos, *daticos*, apostillas, que comprueben la tesis por nosotros enunciada. En el mejor de los casos, el método preconizado por nuestro ilustre antagonista, es inconveniente. ¿Cómo se va a juzgar a quien realiza treinta años de la historia nacional, por un chisme, de los que circulaban en Bogotá a mediados del siglo pasado en esas tertulias *post-santafereñas*?

Mosquera, pensó en la Gran Colombia, y más aún con profundo conocimiento de la realidad de nuestras tierras, estaba convencido de que era él—único entre todos—el capaz de llevar a cabo su reintegración. Como autoridades en la materia, van don Tomás Rueda Vargas, el doctor López de Mesa, y el maestro Arciniegas en uno de sus paliques. En cuanto a hechos incontrovertibles, quedaríamos encantados si el señor Arrubla pudiera dar a la presencia en Rionegro de Antonio Leocadio Guzmán, explicación diferente de la invitación hecha por Mosquera con ese fin. De otra parte, la idea de la reconstrucción de Colombia, no era patrimonio exclusivo del gran general. Mónagas en Venezuela había pensado lo mismo. Si nuestro ilustre antagonista, en vez de buscar las apostillas, investigara el medio ambiente social y espiritual de las épocas pretéritas, tendría que recono-

cer el hecho escueto de que en el ambiente neogranadino, venezolano y ecuatoriano de mediados del siglo XIX, flotaba inconfundible —como parece respirarse ahora otra vez— el anhelo de reintegración; había una aspiración hasta cierto punto imperialista de formar un grande estado que pudiera contrapesar la influencia del poderoso vecino del Norte. Creemos nosotros que Manuel Murillo al redactar las célebres instrucciones a nuestro plenipotenciario que iba a arreglar el litigio de límites con Costa Rica, lo hizo así, pensando de manera indudable en la posible presencia de uno nuevo entre los estados de la *Unión colombiana*.

En otro de los apartes de su carta-cuestionario, el señor Arrubla, ensaya la defensa póstuma de Mr. William Gladstone. Como no tenemos en la historia política de Inglaterra la misma versación que exhibe nuestro interlocutor, cedemos el campo al escritor francés que más profundamente conoce a los ingleses. Evitamos así caer en el error fácil de juzgar a un anglosajón con criterio de latinos ignorantes y satisfacemos la inquietud del ilustre corresponsal. (V. “Disraeli”, por André Maurois).

La tesis de León Daudet, sobre la influencia del medio que tanto horroriza a nuestro distinguido contendor, no es ni mucho una copia servil de Taine. Mientras para éste la influencia del ambiente es todopoderosa y en función de ella explica el total desenvolvimiento de la cultura humana el valeroso escritor de la Acción francesa, apenas advierte “*une correspondance directe entre le tonus politique d’un siècle et son tonus litteraire*”. Hay diferencia. La influencia del medio en el desarrollo de la civilización es tan notoria, por lo demás, que el mismo Dante, admirado también por el señor Arrubla, no escapó a ella y “colocó a Aristóteles entre los réprobos, actitud típica de la mentalidad de una época en que, como afirma Schopenhauer, los puños estaban más desarrollados que los cerebros”.

En cuanto a por qué consideramos desgraciados tres momentos en la historia de Colombia —la Patria Boba, el Mosaico y el Centenario—, creemos que encontrará completa satisfacción la inquietud del señor Arrubla al leer la Introducción al libro que en la actualidad preparamos Francisco Rueda Caro y quienes ahora nos defendemos, precisamente de una crítica que si no por cronología, al menos por sustancia merecería publicarse en “La Bagatela” o en el mismísimo “Mosaico”. Dicha introducción verá la luz en este mismo número de esta Revista. Lo referente a Bogotá, al chistecito, al chisme, a la repostería y en general al chocolate, resumen admirable de una ciudad y de un país, también quedará ampliamente tratado ahí.

Lo que más escalda al señor Arrubla es, después de los ataques al Mosaico y al cachaco Nariño, el que no reverenciamos, como era de esperarse, la tendencia literaria y política más despreciable que en el mundo haya existido: el romanticismo. El señor Arrubla, anhela y suspira por el retorno a la *flacidez oleosa* de Alfonso Lamartine, que tan bien sintetizara Eca de Queiroz, y abomina de la expresión del francés: “el romanticismo en literatura como en política, es la escuela del embuste y de la hipocresía”. Pero no cae en la cuenta él, profesor católico de un colegio católico, que precisamente entre todos los sistemas literarios, el más anticatólico, es el romántico. El romanticismo, efecto de la revolución francesa, contribuyó a la “deshumanización del hombre”, según frase afortunada de un pensador contemporáneo, en mayor escala posiblemente que el mismo marxismo. La actual quiebra moral de la humanidad es, en su mayor parte, debida a la propagación de esa escuela literaria y política. La tendencia a dejar al hombre sin freno en poder de todas sus pasiones y entregado a todos sus instintos que se desprende de cualquiera de los folletones lamartinianos o huguésicos, es lo más contrario al Dogma Cristiano.

Una de las frases que más han quitado el sueño a nuestro corresponsal y amigo, es la siguiente: “En ese clima espiritual de chocolate y Víctor Hugo, se desarrollaron y educaron los constituyentes rionegreros y allí se escribió o se admiró —que para el caso lo mismo dá—, *La María*, prima hermana de la constitución del 63”. Pregunta él la relación existente entre “La María”, Víctor Hugo y el chocolate. Seguramente nuestro contendor desconoce las más elementales nociones de la bacteriología que enseñan la facilidad con que el microbio en caldo propicio adquiere considerable desarrollo. Víctor Hugo, el “más grande de todos los Tartufos”, sembrado en chocolate produciría lo que produjo: “El Mosaico, “La María” y, en fin, la *cultura colombiana*”.

Ya para terminar la carnicería de nuestro modesto artículo, el señor Arrubla nos llama “inefables glazos”, bebedores de té y lectores de Carlos Marx. Nunca hemos tomado ni té, ni chocolate, jamás hemos leído a Marx y siempre nos hemos vestido mal...

JOSE LLOREDA CAMACHO,

Colegial y estudiante de Jurisprudencia  
en este Colegio Mayor